

2039

H.K. A



Capítulo 1

I

La relación se componía de tres: la madre, el hijo y su padre. Era una familia unida, había amor, aunque a primera vista no se notara, pues la madre siempre tenía una expresión melancólica, el padre un semblante adusto, en una delgada línea entre la seriedad y el enojo; y el niño... el desbordaba una felicidad que equilibraba la balanza, con sus sonrisas los primeros tiempos, donde los ánimos eran distintos, se correspondían las risas y se vivía el júbilo de los primeros monosílabos, los primeros manoteos, los gateos y los pasos. Mas, de pronto, la felicidad y su alegría fueron relegados al pequeño, que comenzó a crecer acostumbrado a la seriedad de sus padres, y poco a poco, tomó la costumbre de no tocar a su padre, por su mandato y ceño eterno, lo que no quitaba su saludo, su atención y, de una manera que solo el entendía, su cariño.

Llegaron así los primeros años del niño en el mundo exterior, primero en el jardín, luego en el preescolar, en cuyos momentos sus padres estuvieron, como ya era costumbre, aquejados de una verdadera sonrisa, breve, pero habitada de un sentimiento concentrado, destinado solo a aquellos momentos que el infante comprendería, años más tarde, resultaban trascendentales.

Así llegó la edad insaciable de los porqués, a los cuales papá, sentado en el sillón o a la mesa, respondía de manera tranquila y fácil de entender, y cuando la respuesta se le escapaba, repetía una y otra vez el mismo discurso, tras una leve duda "no sabría explicarte... pregúntale a tu madre".

Contrario a lo que se podía pensar, la felicidad del niño no decreció, pues tenía todo cuanto podía querer, una familia que lo amaba, abuelos que lo consentían; aunque su padre no solía estar presente en sus visitas más que de manera ocasional, "problemas de adultos", respondía su madre cada cierto tiempo, mientras esperaba ser lo suficientemente mayor para poder saber, cada vez sin éxito.

Además, estaban sus amigos del colegio, que ya entrados los años escolares empezaron a visitarlo de tanto en tanto, momentos en que mamá horneaba pasteles, queques y galletas, mientras papá estaba en el trabajo, leyendo en su despacho, mirando la televisión o el periódico, momentos en que los pequeños preferían no interrumpir, pues el hijo les había advertido muchas veces que no era una persona de conversar, ni

menos cuando estaba ocupado, respondiendo solo a ocasionales preguntas o saludos de su pequeño.

Los chicos terminaron por entender, y cada vez se limitaban a saludar y nada más. Y con el paso del tiempo, algunos amigos fueron dando paso a otros, ya llegados los años de secundaria, donde vinieron conversaciones incómodas, en las que participaron los tres. Luego vino la adolescencia, una época llena de gritos y recriminaciones, en que el muchacho acusaba a sus progenitores de ser tan helados como un tempano de hielo, de no amarlo tanto como decían, a lo que el viejo, que se mantenía de muy buena forma, arrugaba la casi lisa frente, e intentaba en vano defenderse, prefiriendo los monosílabos o de plano, el silencio.

Capítulo 2

II

Fue casi al instante que el padre le enseñó a jugar al ajedrez, con su característica falta de paciencia, repitiendo las reglas cada dos por tres, y al poco andar, las partidas, siempre en un tablero digital holográfico se volvieron una costumbre que lijó las asperezas, y una forma de comunicación imprescindible.

Así, cuando se acercaba la mayoría de edad del joven, las arrugas comenzaron a surcar con lentitud a su padre, que movía piezas en silencio, mientras la duda alcanzaba el límite de resistencia, y tras ganar la partida (algo cada vez más común), preguntó:

—¿Me abrazarás en mi graduación?

El rostro de su padre se puso lívido, y luego de mirarlo brevemente a los ojos, se puso de pie.

—¿No vas a responder?

—Yo...— poco a poco, los ojos comenzaron a hincharse, y tras comenzar a caminar, dando la espalda, el muchacho tronó:

—Nunca me has entregado un regalo, ni de cumpleaños, ni de navidad... al salir de primaria, ni siquiera te me acercaste... ¡No me bastó con un te quiero, con un felicitaciones!

—Perdóname, hijo...

—No sirve de nada que te disculpes ahora, solo respóndeme.

—No puedo...- ahora no eran solo sus ojos, su cuerpo entero temblaba, hinchado de una emoción contenida por años. Volvió a caminar, y entonces el joven, ya casi un hombre, tendió un brazo para detenerlo.

Era la primera vez que lo tocaba desde que tenía memoria, y lo que sintió lo dejó perplejo, pues su tacto no encontró nada.

Su padre no estaba allí, aunque él podía verlo.

—Lo has descubierto. Lo siento, hijo. — las lágrimas comenzaron a

rodar por las mejillas de su padre, y un segundo después, desapareció.

Cual, si el filme de una vieja película magnética se hubiese acabado, un leve titilar se llevó consigo la imagen, el cuerpo, y las lágrimas de su padre.

No podía entenderlo, y su mente no podía soportarlo, derramando lágrimas amargas en la sala de la casa, mirando al sitio donde, hasta hacia unos momentos, se encontraba su padre.

Luego vino el silencio.

Cuando el entendimiento asomó en su cabeza, lo hizo mezclado con una bomba de sentimientos, comenzó a mirar los muros, los muebles, y sus manos fueron tirando todo cuanto encontraban a su paso, y cuando ya no hubo nada que pudiese tirar, quedó de rodillas, mirando primero el piso, para terminar en el cielo de la sala, comprendiendo a medias al fin, por qué las luces de la casa siempre se mantenían a un nivel de inusual baja potencia.

Los ruidos alertaron a su madre, quien, al presenciar el panorama, supo que todo había acabado.

La mirada de su hijo oscilaba entre la confusión, la ira y la tristeza, y entonces vino la pregunta, aquella que llevaba años esperando.

—¿Por qué?

La respuesta tardó en llegar, pues el llanto de su madre le impidió hablar, hasta que, haciendo acopio de fuerza y serenidad, habló:

—Tu padre tenía cáncer — El joven se limitaba a mirarla —, se lo diagnosticaron cuando tu tenías poco más de dos años.

>>no fue fulminante, y duró hasta que tu tuviste cinco años, un poco menos.

—Pero... ¿Cómo?

—En ese entonces, había aparecido de manera experimental tecnología holográfica háptica y tu padre se ofreció como voluntario para modelación.

—¿Y no hubo quimioterapia? — negación con la cabeza.

—Tu padre sabía que no sobreviviría, y no quiso que el último tiempo

que lo vieras fuera bajo los efectos de la terapia.

—Y qué hay de los recuerdos... cómo pudo estar en tantos lugares, cómo pudo conversar conmigo... jugar al ajedrez... — las lágrimas comenzaron a brotar en ambos rostros.

—Él... grabó cada uno de esos momentos, pensando en las cosas que te tocaría vivir, incluyendo lo que ocurriría en exteriores, pues se esperaba perfeccionar la tecnología en un plazo de tiempo corto.

—Entonces... ¿Maquetaron, planearon toda mi vida?

—¡No! No fue así. A las grabaciones se sumó una inteligencia artificial, que fue capaz de hacer interactuar las grabaciones con tus preguntas, tu crecimiento, pero para que todo resultara, él... tu no podías...— el llanto se hizo insostenible. — Él te amaba, más de lo que puedas imaginar, y esa cortina, ese carácter que conociste...

—Era necesaria, no podía acostumbrarme a su afecto...— asentimiento.

—Los techos de la casa, y pequeños dispositivos que están en el estudio de tu padre lo permitieron.

El joven se mantuvo en silencio, pensando en qué tendría que hacer ahora.

—Quiero ver su tumba.

Mamá asintió, sintiendo la fatalidad y la felicidad de aquel momento.

Capítulo 3

III

Una vez frente a la tumba, el joven, que había pasado de golpe a ser un hombre, como todo aquel que pierde un padre, pudo sentir la certeza de toda la mentira, de la hermosa mentira.

Pidió a su madre que lo hiciera, y la mujer extrajo de su cartera un pequeño dispositivo circular, lo dejó sobre la lápida de piso y la proyección apareció.

Su padre estaba allí nuevamente.

—Hola, papá.

El rostro del hombre estaba calmado, y tras mirar el lugar donde se encontraba, cambió de manera abrupta, pasando de ser un rostro de mediana edad con unas pocas arrugas y a penas cabello faltante, a uno ojeroso, sin color, y una mueca permanente de dolor. Parecía como si hubiese perdido diez centímetros de golpe, y ya no tuviera solo 34 años.

Los ojos de su hijo se anegaron de lágrimas, conociendo al fin a su padre moribundo.

—Sé que debes tener muchas dudas... y rabia, dolor y que probablemente no quieras hablar conmigo, pero esta no es la última grabación.

La afirmación descolocó al muchacho.

—Grabé muchas más, pensando en verte crecer, las dudas que siguen a la adultez... mis nietos...

>>en esas grabaciones no estoy acabado, pero eso no quita la verdad.
—Hubo un momento de silencio, tras el cual el ahora hombre preguntó.

—¿Cuál verdad?

—Que no podía fallarte, porque te amo demasiado. No podía no estar contigo, por que como fuera necesitarías un padre. Y si estás viendo esto, sé que tu madre jamás falló, y que el amor que siente por mí es igual o más grande que el que yo siento por ella. —la mujer estalló en lágrimas.

—Te amo. — dijo ella.

—Y yo a ti, preciosa. Y te doy las gracias por dejarme ser el padre de nuestro hijo, aún más allá de mi muerte. —La imagen miró a su hijo y aún sin saber en qué punto estaría parado, la mirada fue capaz de encontrarlo. — Sé que no recuerdas mi tacto ni mi afecto, y eso me mata por dentro (irónicamente) — dijo la imagen, con una sonrisa torcida- pero el tiempo que estuvimos juntos, lo pasé llenándote de amor, de caricias, de abrazos... no hubo un solo segundo en que lamentara que las cosas fueran de esta manera.

>>No puedo saber con exactitud qué edad tendrás cuando veas esto, pero sé que serás un gran hombre, y que aprovecharás cada segundo de vida que tengas.

>>Sé un buen padre. Ama a tus hijos, con el doble de fuerza que si pensaras que será tu último día con ellos, y si, aun después de todo esto, quieres seguir teniéndome en tu vida, yo siempre estaré en este disco, y siempre seré un fantasma en la sala de la casa. Y si no quieres seguir viéndome, lo entenderé también.

El joven seguía llorando, mirando a su padre ahí de pie, atravesando el tiempo, solo para estar otro segundo a su lado, y de pronto pensó en abrazarlo. Se acercó a la tumba y a la proyección, extendió sus brazos, y esperó que su padre entendiera. La figura holográfica le devolvió la mirada, y levantando los brazos, lo buscó en un abrazo.

Un abrazo que no había sido planeado, ni concebido por la Inteligencia Artificial. Un abrazo que atravesó el tiempo, atravesó la vida y la muerte, materializando el amor.

¿Cómo hace un padre para tocar a su hijo más allá de la muerte?

H:K:A